

Charles Robert Maturin:

BERTRAM o El Castillo de San Aldobrando (3)

ESCENA IV.

(Se escucha el sonido de un cuerno.)

Un salón en el castillo de San Aldobrando.

UN RELIGIOSO desde el exterior.

PIETRO y TERESA entran por diferentes puertas.

¿Hay alguien ahí?

PIETRO

HUGO.

¡Ah, Teresa! ¿Recuerdas que haya habido otro temporal semejante?

¡Un hombre en la puerta del castillo, a esta hora! Mis temores presagian malas noticias.

TERESA

CLOTILDE.

La señora Condesa ha permanecido despierta toda la noche, y he debido acompañarla. Pero a ti, ¿quién te ha obligado a privarte de descanso?

Responde, Hugo. Yo iré a reunirme con la condesa. Si el mensaje atañe al Amo ven y habla conmigo.

PIETRO

(Salen.)

Yo quisiera saber como alguien puede dormir en una noche semejante. No conozco sino un remedio contra el temor; es el vino. Espero que el trueno al menos haya despertado a Hugo, y éste me haya abierto la puerta de la cava.

ESCENA V.

Un apartamento gótico.

IMOGENE, sentada cerca de una mesa y contemplando un retrato.

TERESA

Él ha dejado su habitación; lo he visto pasearse por la sala del banquete, con paso cauteloso y el alma inquieta. Aquí se acerca.

Entra HUGO.

PIETRO

Que seas bienvenido, Hugo. Dime, tú que cuentas con un gran número de años, ¿has visto alguna vez una tormenta tan terrible?

HUGO.

Desde hace un tiempo, ellas han sido frecuentes.

PIETRO

Siempre lo han sido en el país.

HUGO.

Así se ha dicho. Aunque, durante mi juventud, las tormentas implicaban revoluciones útiles y necesarias, y aportaban a la naturaleza salud y vitalidad; actualmente su furor despiadado anuncia la cólera del Cielo.

TERESA

¡Dios no permita que su cólera se ensañe con mi bella y generosa ama!

HUGO.

Que ella sea tan feliz como cuando vivía su padre; entonces la casa florecía. Yo la he visto libre de cuidados y de amor, cerca de nosotros, cantando y corriendo sobre la hierba florecida.

PIETRO

Ve a ver si la dama Clotilde está despierta.

TERESA

Me gustaría que estuviera cerca de ella, porque es la amiga y más entrañable compañera de mi querida ama.

Entra CLOTILDE.

¿Ha descansado la condesa?

TERESA

No ha podido cerrar un ojo en toda la noche, incluso antes de desatarse la tormenta; la agitación de su alma la ha privado de reposo.

CLOTILDE.

Su estado no ha cambiado desde la ausencia del conde, pero pronto volverá; y entonces amables caballeros y alegres trovadores disiparán con sus juegos las crueles pesadumbres de su corazón.

Continuará...

Traducción: Juan Carlos Otaño.



Nº 27 - BUENOS AIRES/2019 - GRUPO SURREALISTA DEL RIO DE LA PLATA

La falta de la adoración Creveliana.

Lo cierto es que si uno se atiene a las explicaciones dadas por Adoración Elvira Rodríguez en su prólogo de la edición española del libro de René Crevel *¿Estáis Locos?* Todos pensaríamos que sí que lo estamos sin, tan siquiera, haber empezado a leer el libro, condenando de antemano al autor como poco menos que un proscrito de la moral y las costumbres de la pía y casta virtud.

Todo lo que escribe esta traductora a lo largo de su homilía de 30 páginas hace pensar que lo que estamos a punto de leer es la obra emanada de un delirio colectivo de «toxicómanos», «alcohólicos» y poco menos que degenerados, torturados por la poca dicha y esperanza que les conceden las razones últimas de sus tormentos que, poco menos, los condenan a las desgracias más inmundas, arrastrándolos por los innumerables caminos de las perdiciones de sus vidas sin almas y esperanzas.

De esta manera, sin mayor conocimiento que el que pudiera tener una monja profesora de literatura en un colegio de la España de los años '70, o cualquier otro religioso docente con complejo de progresista hipócrita, estreñido por la escasa libertad de pensamiento que le otorga su castrada formación artística y humana, la catedrática Rodríguez, nos introduce a todo un conjunto de personajes, que poco menos, a su entender son criaturas más propias de circo que seres racionales pertenecientes a la condición humana, ya que a todos ellos condena al desconsuelo de las bestias esperando sacrificio.

Un sacrificio que ella misma, sin nombrarlo, más que sugiere como el fatal destino de la servitud al hedonismo. Palabra ésta que, en realidad, sin describir nada que cualquier persona libre no busque es siempre comodín para atacar, desprestigiar y ajusticiar a todos aquellos que opten por hacer los que les plazca, sin hacer daño a nadie y viviendo simplemente como quieran.

Por todo ello se me ocurre que osar analizar *¿Estáis Locos?* presentando la tuberculosis de Crevel — no sólo ya como un castigo a su vida disoluta, sino también por la suerte que corren otros personajes — como una sentencia de muerte por sus excesos, es una tremenda estupidez, propia de quien sólo

se rige por el catecismo de la convención y, además, desconoce que si el surrealismo es algo, ese algo es transgresión para destrozarse la fe en una normalidad de la que la propia Adoración se jacta, no sólo en adorar sino también, por desgracia, en idolatrar.

Nada de lo que Crevel cuenta merece crítica, ni nada de lo que vive objeción. Todo, por el contrario, debería ser modelo a imitar y seguir como ejemplo.

En su historia no hay remordimiento. El Saudade del principio no entona un «Adiós muchachos», así como el Crevel del final no es un hombre que se arrepienta de ningún exceso. En sus farras nocturnas no hay lamentación por haberles debido su enfermedad, como tampoco lo había en las grandes novelas que se han escrito sobre el sida y las noches locas de música disco y sexo por doquier, pese a que la autora del prólogo nos quiera envolver en el falso y sistemático constante tormento de un autor, el cual lejos de castigarse por su pasado, celebra su vida revisándola allí donde esté, bien sea esto en el epicentro de la noche berlinesa, o bien en la torre más alta del mayor hospital rascacielos del mundo, donde sólo se siente a gusto consigo mismo, relatando un recuerdo donde quienes le acompañaron fueron tan felices como él, disfrutando de la misma libertad.

Con tristeza, con gran tristeza, escribo que este infecto prólogo, escrito en el 2007, es más propio de la era donde el pensamiento emanaba la naftalina corrupta de las sacristías o, incluso, del botafumeiro predecesor de la indulgencia plenaria, ya que la labor de la escritora al presentar su pastoral es la labor de una beata que advierte de las consecuencias de dejarse influir por los descarriados.

Por suerte, el anti profeta Crevel nos deja muy claro, renegando de la existencia de sus excesos después de contar su vida, que ni siquiera ha contraído lo «que unos llaman pasión y otros vicios» dejando así claro que nadie, salvo los ignorantes moralistas tienen derecho a juzgar a otro ser humano.

NACHO DÍAZ

(*) Publicado en «Política Local». Especial para Dazet.



ABADÍA: Los faros de una limousine iluminaron la entrada de la abadía.¹

BARBA: Su barba aún no estaba afeitada y lucía como una estalactita envuelta en jabón.²

BESAR: Le tomé la mano y se la besé, un poco por el paisaje y el resto por nostalgia hacia la eternidad.³

COLIBRÍ: Colibríes de marfil bailan hipnotizados por la cresta púrpura de una flor introvertida.⁴

DEMENTE: Entre la muchedumbre se descubre a un demente, tratando de pasar desapercibido; se esconde sentándose en una butaca del tren fantasma.⁵

FUMEA: Fumea iniciatur.⁶

GALLO: Gallo polígamo.⁷

INDIO: Pasando a otra sala se ve un toro con un indio montado en el lomo. En cada brazo lleva una niñita rubia en camión.⁸

JARDÍN: Acuden hacia el jardín con movimientos y mímicas antediluvianas.⁹

Glosario compuesto con fragmentos de relatos de G.B.: «Hotel Castle» (1, 17); «La interpretación de los sueños en las Cataratas del Iguazú» (3, 4, 10, 12, 15); «Las aventuras de Platón» (5, 8); «La vida milenaria de Marimb-Kalimb» (2, 7, 9, 13, 18); «Sueño de un eremita en la baja Caldea» (6); «El palazzo y los siete hombres con barba» (16); «Los siete instrumentos de viento» (19); «Misteriosa ciudad» (11, 14).



JUAN CARLOS OTAÑO
Alicia en el mundo subterráneo.

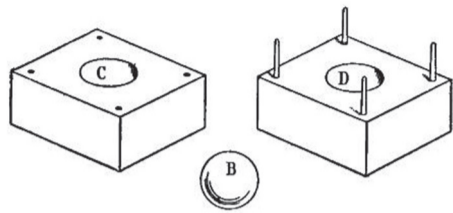


MANOS: Dos manos de yeso dormían al lado de un balde de leche tibia, donde entre las burbujas flotaban un termómetro y un ojo de vidrio.¹⁰

ODALISCA: Odaliscas con bastones azul-oro, pétalos de margarita de la noche.¹¹

OJOS: Daba la impresión de estar molesto, quizá porque sus ojos estaban uno a cada lado de la nariz.¹²

PAISAJE: Paisaje de cataratas tridimensionales.¹³



PAN: El pan de las cotorras es música, parloteo, ¡quizá!, salones literarios.¹⁴

PECES: Los peces, esas piedras pulidas por las aguas.¹⁵

PINOS: Las puntas discretas de los pinos.¹⁶

SIDECAR: Atravesó las cortinas del motel «Castle» una motoneta con sidecar, sobre el que iban sentadas dos monjas carmelitas.¹⁷

SOL: Yo era bello, pero el Sol atraía a los mujeres en malla.¹⁸

VIAJERO: Viajero del desierto o alto cactus de brazos largos.¹⁹

GERARDO BALAGUER.

Me fue necesario tener la mirada bien rápida, el oído bien fino, la atención bien aguda,

Para descubrir el misterio del mueble, para penetrar las perspectivas de marquetería, para alcanzar el mundo imaginario a través de los pequeños espejos.

Pero, finalmente, pude vislumbrar la fiesta clandestina, escuchar los minúsculos minúés, sorprender las complicadas intrigas que se traman en el interior del mueble.

Se abren los batientes, se advierte como un salón para insectos, se aprecian los embaldosados blancos, marrones y negros en exagerada perspectiva.

Un espejo en el medio, un espejo a la derecha, un espejo a la izquierda, como las puertas de las comedias simétricas. Verdaderamente, estos espejos son puertas abiertas hacia lo imaginario.

Pero una soledad evidentemente desacostumbrada, una curiosidad cuya finalidad se busca en este salón donde no hay nadie, un lujo sin razón para un interior donde no reinaría sino la noche.

Uno se engaña, se dice “esto es un mueble y nada más”, piensa que no hay nada detrás de los espejos, solamente el reflejo de aquello que le es presentado.

Insinuaciones que vienen de alguna parte, mentiras insufladas a nuestra razón por una política intencional, ignorancias que nos mantienen esclavizados a intereses que no tengo por qué definir.

Sin embargo, no quiero ya poner prudencia en esto, me burlo de lo que pudiera acontecer, ya no me preocupan los enconos fantásticos.

Cuando el mueble está cerrado, cuando el oído de los inoportunos está obnubilado por el sueño o atiborrado de ruidos exteriores, cuando el pensamiento de los hombres es embotado por algún objeto positivo,

Entonces, extrañas escenas tienen lugar en el salón del mueble; algunos personajes de talla y aspecto insólitos brotan de los pequeños espejos; ciertos grupos, iluminados por resplandores fugitivos, se agitan en esas perspectivas exageradas.

Desde las profundidades de la marquetería, por detrás de las falsas columnatas, desde el fondo de los corredores artificiales dispuestos en el revés de los batientes,

Se adelantan, en trajes anticuados, con el paso inquieto y como para una fiesta de almanaque extraterrestre,

Elegantes de una época de sueño, muchachas buscando un lugar en esta sociedad de reflejos y, en fin, los viejos padres, diplomáticos ventrudos y matronas de rostros encarnados.

Sobre el muro de madera bruñida, enganchados no se sabe cómo, los candelabros se encienden. En medio de la sala, colgada de un techo inexistente, resplandece una araña recargada de bujías rosadas, gruesas y alargadas como los cuernos de los caracoles. En impensadas chimeneas, unos fuegos llamean como luciérnagas.

¿Quién ha puesto allí esos sillones, profundos como cáscaras de avellana y dispuestos en círculo, esas mesas sobrecargadas de frescos inmateriales o de apuestas microscópicas, esos cortinajes suntuosos — y pesados como telas de araña?

Pero el baile comienza. La orquesta, que se creería compuesta de saltamontes, arroja sus notas, chisporroteos y silbidos imperceptibles. Los jóvenes se toman de la mano y se hacen reverencias.

Puede, incluso, que algunos besos de amor ficticio sean intercambiados a hurtadillas, que sonrisas sin idea se disimulen tras los abanicos de alas de mosca que las flores marchitas en los corsages se soliciten y otorguen en señal de recíproca indiferencia.

¿Cuánto dura aquello? ¿Qué conversaciones tienen lugar en estas fiestas? ¿Hacia dónde se encamina este mundo sin substancia una vez concluida la velada? No se sabe.

Porque, si el mueble es abierto, las luces y los fuegos se apagan; los elegantes, coquetas y viejos padres confusamente desaparecen, sin preocuparse por su dignidad., en los espejos, corredores y columnatas; los sillones, las mesas y los cortinados se evaporan.

Y el salón queda vacío, silencioso y limpio;

De este modo todo el mundo dice “es solamente un mueble de maquetería, nada más”, sin sospechar que apenas da vuelta la mirada,

Pequeños rostros pícaros se animan a salir de los espejos simétricos, detrás de las columnas incrustadas, desde el fondo de los corredores artificiales.

Y es necesario tener un ojo particularmente avezado, minucioso y rápido, para sorprenderlos cuando se alejan de esas perspectivas exageradas, cuando se refugian en las profundidades imaginarias de los pequeños espejos, en el instante cuando regresan a los escondrijos irreales de la madera bruñida.

CHARLES CROS
Le coffret de santal, París, 1879.

